

SOMOS UN MILLÓN DE ALMAS

Miguel Fernández Guerra

Somos un millón. Un millón de almas, un millón de cuerpos. Un millón de personas. Personas, no monstruos. Tenemos dos ojos, una nariz, dos brazos y dos piernas, como Ellos. Pero creemos en el Dios equivocado.

Somos masacrados. Ellos nos persiguen durante kilómetros, humillándonos y forzándonos a escondernos. Quemaron nuestra casa y destruyeron nuestro poblado. No he visto a mi padre desde hace semanas, y mi hermana no ha abierto la boca desde que se la llevaron y volvió dos días después, ensangrentada.

Somos apátridas, porque nuestro país nos ha declarado extranjeros. Un pueblo sin tierra ni amigos. Comemos lo poco que pudimos llevarnos y lo que compartimos entre nosotros y vamos encontrando por el camino de nuestra diáspora. Foráneos en un país que se enorgullece de su diversidad cultural y nacional, la cuna de Oriente, rico en jade, petróleo e hipocresía.

Miguel Fernández Guerra

Somos torturados hasta que confesamos crímenes que no hemos cometido y decimos ser quien no somos. La policía nos apalea en vez de ayudarnos, porque el gobierno nos repudia por pensar diferente, por creer diferente. No somos ciudadanos, porque somos inmigrantes ilegales. Eso dicen Ellos, aunque llevamos en esta tierra desde mucho antes de que le dieran el nombre que tiene hoy en día, mucho antes de que fuera un país siquiera.

Somos *los otros*, los que matan niños, los que ponen bombas, pero fueron ellos los que entraron a nuestro pueblo y llenaron de plomo el cuerpo de mi tío Momena. No quieren que nos quedemos, pero no nos dejan irnos. Profesan la religión de la paz, pero nos hacen la guerra.

Somos parias desde hace 40 años, zarandeados primero por los colonos y luego por los colonizados. Nos “limpian”, reduciendo a cenizas todo lo que entendemos por hogar y destruyendo todo lo que tenemos por familia. Nos acusan de radicales, de terroristas. No tenemos derecho de voto, propiedad o libertades de ningún tipo, porque no estamos en el censo puesto que Ellos no nos reconocen.

Somos los grandes olvidados de la Historia. Muchos leen sobre nosotros en sus teléfonos móviles o nos ven en sus pantallas de plasma desde la comodidad de sus sofás, y se horrorizan. Se apiadan de nosotros, los perseguidos. Cuarenta años se han apiadado de nosotros, y cuarenta años llevamos escapando. Hoy ya es un éxodo para huir de un genocidio. Su ambición y su odio, junto con vuestra indiferencia, nos están matando.

Somos un millón de almas que corren, hacia allá donde nos acojan, escapando del humo y las balas. Nos amenazan, culpándonos de sus problemas, y calcinan nuestros pueblos para forzarnos a emigrar, aunque tenemos el mismo derecho que Ellos a habitar esta tierra. Sueltan bombas sobre nuestros pastores y rebaños, abren los cuellos de nuestros ancianos y queman vivos a nuestros bebés. Ponen minas en los caminos que usamos para huir, para asegurarse de que los pocos que quedamos no regresemos jamás. Y así estamos, en un estado de tránsito permanente, culpables del más horrible crimen: haber nacido.

Miguel Fernández Guerra

Somos acosadas y atacadas. Nuestras madres y hermanas son desnudadas y despojadas de toda dignidad para que otros obtengan placer, porque no tenemos derecho a protestar o defendernos pues no somos ciudadanos. Seguimos siendo personas. Así, por acción y por omisión, fuerzas de seguridad, militares y civiles violan nuestros derechos fundamentales a ojos del mundo, que no hace nada.

Somos temidos, en el fondo. Tienen miedo de lo que podemos ser, nos temen porque somos diferentes. Porque rezamos cinco veces al día y no tenemos estatuas de nuestro Dios, como Ellos. Nos tienen miedo a pesar de que sus dioses les dicen que deben aceptar a la gente que ni piense como Ellos, que deben predicar con la tolerancia para llegar a su nirvana. Pero no piensan en eso.

Somos nómadas, inmigrando al país vecino, ya saturado por aquellos que nos preceden. Un país que nos acoge porque es habitado por gente que cree lo mismo que nosotros. Pero incluso aquí somos extraños. Un país del que dicen que procedemos, del que nos acusan formar parte. Acusaciones basadas en una nacionalidad que nunca nos ha sido concedida. Y así, seguimos sin estado, siempre en movimiento. Parece que no tenemos cabida en este mundo que se dice inclusivo y diverso.

Somos perjudicados pasivos, sin voz ni voto, de la deificación de las autoridades. A Ella la nombrasteis Paz, pero permite la masacre. Luchó por la democracia, por un mundo más justo en el que todos tuvieran representación y la acogisteis con los brazos abiertos, potenciando sus esfuerzos. Entonces llegó a la cima de su causa, y se olvidó del camino recorrido, de la gente al pie de la montaña. Así, el gobierno no nos quiere en su país, que fue el nuestro hasta que nos lo quitaron, porque no somos como Ellos.

Somos guerreros, y no daremos nuestro brazo a torcer, no presentaremos la otra mejilla. La pasividad y la impunidad empuja a la desesperación, y la desesperación a la acción, un terreno donde todo vale. Pero cuando se pelea el fuego con fuego, alguien siempre se quema. Y solemos ser nosotros.

Miguel Fernández Guerra

Somos prófugos por un crimen que no hemos cometido. En veinte, cincuenta o cien años, Vosotros nos estudiaréis en vuestros libros, analizando las causas y el desarrollo de tan solo uno de los numerosos ejemplos de genocidio étnico en ese recóndito rincón del globo que llamabais las Indias Orientales, no hace tanto. O tal vez no, tal vez caigamos en el olvido como tantas y tantos otros, víctimas de la Historia. Dicen que la escriben los vencedores, pero no es verdad. La escriben los que sobreviven.

Somos un millón. Un millón de almas. Un millón de rohinyás.